

Elizabeth Daly

UNA DIRECCIÓN EQUIVOCADA

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

Capítulo uno Una carta para Gamadge	9
Capítulo dos Intachables	21
Capítulo tres Gamadge compra un libro	33
Capítulo cuatro El libro de vistas	42
Capítulo cinco La papelera	56
Capítulo seis Una casa dividida	68
Capítulo siete Primera flecha	81
Capítulo ocho Solitaria	93

Capítulo nueve Una brecha en la pared	105
Capítulo diez Caroline	116
Capítulo once Segunda flecha	127
Capítulo doce Un vehículo sin gasolina	140
Capítulo trece Como niños	148
Capítulo catorce Medieval	158
Capítulo quince Vía libre	164
Capítulo dieciséis Derramamiento de sangre	177
Capítulo diecisiete Seamos sinceros	187
Capítulo dieciocho La lámina desaparecida	201
Capítulo diecinueve El señor Bargrave	213
Capítulo veinte La última pieza	227

Capítulo uno

Una carta para Gamadge

Schenck empujó una bola de papel arrugado desde el otro lado de la mesa.

—El problema —dijo— es que no te llega el correo.

Gamadge cogió aquel gurrúño y lo estiró. Resultó ser un sobre beis de buena calidad, dirigido con pulcras letras de molde al Sr. Blake Fenway, de la Setenta Este. En la esquina superior izquierda estaba impresa la dirección de un establecimiento comercial: «J. Hall. Libros raros y singulares», y a la derecha el sello y su correspondiente matasellos, fechado el 29 de enero.

Tras dirigir una breve mirada a Schenck, cuyo rostro exhibía una extraña sonrisa, Gamadge dio la vuelta al sobre. Estaba abierto y la factura, la circular o lo que fuera que hubieran enviado desde J. Hall se había esfumado; luego, al parecer, lo habían estrujado y tirado a la papelera. Pero primero, o quizá después, alguien había escrito el nombre y la dirección de Gamadge bajo la solapa, con un lapicero y de forma un tanto descuidada. Este lanzó una nueva mirada inquisitiva a su visita, bajó la vista hacia el sobre y finalmente sacó de su interior un trozo de papel satinado blanco. Parecía como arrancado de la página de una revista y contenía un mensaje anotado también a lápiz con trazos irregulares: «SE SUGIERE PRONTA VISITA PARA EXAMINAR INTERESANTE *CURIOSA*. DISCRECIÓN».

Gamadge lo releyó sorprendido. Schenck se permitió entonces soltar una carcajada; sus ojos despedían un brillo casi obscuro. Ya no era aquel investigador de seguros siempre maqueado y a la última moda de otros tiempos; ahora, como miembro respetable del FBI, vestía con el atuendo discreto y sobrio de los ciudadanos corrientes, pero en ese momento lucía su aspecto más atractivo.

—¿Quién nos está comprometiendo a mí, a J. Hall y al señor Blake Fenway de esta manera? —preguntó Gamadge.

—No lo sé.

—¿De dónde lo habéis sacado? ¿De un cubo de basura? ¿Has intercedido en mi favor delante de tus colegas?

—No andas desencaminado —respondió Schenck, pero su semblante había perdido todo rastro de jovialidad cuando señaló con un dedo extendido la prueba que descansaba sobre la mesa—. Esto demuestra que incluso un repartidor de correo puede verse alejado de su rutina por el mero peso de las señales acumuladas. Sin embargo, desconozco cuántas de estas bolas de papel se habrán perdido: el cartero de Fenway no se percató de su existencia hasta hace una semana, pero desde entonces ha encontrado cinco. Nunca por las mañanas, siempre por la tarde, sobre las tres, cuando hace su última entrega. Y siempre en el mismo lugar, por dentro de la verja, entre las escaleras de la entrada y la puerta de servicio. ¿Conoces la casa del viejo Fenway, la que hace esquina?

—Desde luego. Un edificio independiente, separado de la calle por un patio corrido y con un gran jardín en el lado sur.

—La fachada da a la calle lateral y hay un muro de tres metros entre su parcela y la siguiente vivienda. Antes tenían ahí sus propias caballerizas, pero el cartero dice que ahora es un corredor que llega hasta el patio y el jardín. Se accede por un camino, al que se entra por una pequeña cancela, y por la puerta de servicio, que permanece abierta durante el día. Los árboles y setos que rodean la casa tienen dos metros y medio o tres de espesor y la verja, alrededor de un metro veinte de altura, pero en la zona del jardín llega hasta los tres metros y ahí hay otra puerta, ¿lo recuerdas?

—Claro.

—El viernes 22 de enero, el cartero vio la primera bola de papel mientras se dirigía por la vereda a la puerta de servicio. Estaba en el suelo, a medio camino entre la puerta y las escaleras de la entrada, y a casi un metro de la verja. Una ventana-mirador doble sobresalía de la fachada por encima y un poco más atrás de aquel punto. No le prestó mayor atención y pensó que se habría caído de algún cubo cuando los basureros lo sacaban a la calle y que el aire la habría arrastrado. También se le pasó por la cabeza, sin darle importancia, que era curioso que el jardinero la hubiera dejado allí, pues la propiedad de Fenway está siempre impecable.

»Los sábados por la tarde no hay reparto, así que no vio la siguiente bola hasta el lunes. El martes vio otra, y otra más el miércoles. El jueves llegó un poco tarde a causa de la fuerte tormenta, pero allí estaba, tirada justo en el mismo lugar, otra de aquellas bolas. La nieve estaba empezando a cubrirla y, si hubiera permanecido allí más de un minuto o dos, la habría tapado por completo, aunque el viento del este se la iba quitando de encima. Era un papel resistente, como este.

»Se quedó allí de pie, con la tormenta silbándole en los oídos, preguntándose si aquello iría dirigido a él, exclusivamente, porque el viejo irlandés que cuida del lugar es como un reloj y limpia el patio delantero del edificio todas las tardes a las tres y cuarto; él mismo lo ve hacerlo cuando el reparto se retrasa. El jueves la tormenta se había convertido casi en una ventisca y quizá el abueleto decidiera retirarse hasta el día siguiente, pero los demás días habría salido justo después de que él se marchara y habría recogido cualquier resto de basura que pudiera quedar en el jardín. Empezaba a pensar que había demasiadas coincidencias. Se agachó, cargado como iba con la cartera, el paraguas y todo lo demás, y cogió la bola de papel. Era azul.

—No como este.

—No... Y ha habido otro ligero contratiempo, aunque no se podía esperar que el cartero se detuviera a especular mucho más cuando tenía que terminar el reparto en medio de una tor-

menta así. Parecía un simple sobre usado, un sobre comercial, de una librería según dice. —Gamadge silbó—. Creyó que estaba vacío y, como solo vio unos garabatos a lápiz, emborronados, volvió a tirarlo. Dice que lo dejó en la papelera de la esquina, pero con ese temporal ni yo mismo me habría molestado en buscar una; lo tiraría al suelo.

»Y llegamos a ayer: ha dejado de nevar y brilla el sol. El cartero entra por la cancela de la verja justo a las tres en punto y ahí está, esperándolo, su bola de papel. Porque esta vez está seguro de que es para él. La coge del suelo, pero enseguida levanta la vista hacia arriba, hacia la ventana-mirador. Luego echa un vistazo al piso superior. Se pregunta si no habrá algún crío intentando burlarse de él; a sus propios hijos les encanta tirar cosas por las ventanas. Pero las cortinas están corridas. Cortinas de varios paños: nadie mira jamás por la ventana en una casa como la de los Fenway.

»Entonces se fija en las ventanas del sótano, bajo el voladizo. Están a ras de suelo, enrejadas y cubiertas de nieve.

»Así que se guarda el sobre en el bolsillo y entra en la casa por la puerta de la cocina para entregar el correo. Eso sí, no le enseña lo que ha encontrado a la muchacha que recoge las cartas; a estas alturas ya está convencido de que las bolas de papel no están destinadas a nadie salvo a él, y desde luego a nadie de la casa Fenway.

»De vuelta en la calle, el cartero lee tu dirección en el reverso del sobre y descubre el papelito que contiene. Para él no significa nada, pero se lo lleva a la estafeta y se lo enseña a uno de los clasificadores, al que le cuenta toda la historia. Eso —recalcó Schenck inclinándose ligeramente hacia delante y dando un par de golpecitos en el borde de la mesa— es justo lo que se suponía que debía hacer. Difícil, sí, pero ¿has visto alguna vez una táctica más hábil?

Gamadge lo miró a los ojos.

—Pocas veces.

—«Curiosa». Esa es la palabra mágica. El de clasificación tampoco sabía lo que implicaba, pero pensó que todo aquello

era lo bastante raro como para dar parte al director adjunto de la oficina. Y este sí sabía lo que significaba, por descontado. Es un término al que el servicio de correos siempre está atento; no dejan de vigilar la correspondencia en busca de posibles materiales perniciosos.

»Sin embargo, se encontraba ahora frente a un dilema. Ese pedazo de papel no parecía destinado a un envío por correo ordinario, más bien podría ser un apunte, una nota, un borrador de algo que J. Hall tuviera la intención de mecanografiar o imprimir. Información para una circular o un catálogo especial. Y tu nombre y tu dirección en el reverso del sobre te señalaban como destinatario. En fin, a ti no te conoce, y tampoco a J. Hall, pero sabe lo suficiente sobre los Fenway y, si Blake Fenway podía estar implicado, el director adjunto no iba a poner en marcha la rueda sin pedir consejo antes, sobre todo al oír que el sobre del jueves era de color azul. ¿Otro librero? Estaba desorientado. Así que llamó a un tipo de nuestra oficina local al que conocía, quedó en encontrarse con él esa misma tarde y le mostró lo que tenía.

»Ese tipo me conoce, y sabe que yo te conozco a ti. Me lo ha hecho llegar esta mañana y... aquí lo tienes.

Gamadge examinaba de nuevo el trozo de papel.

—Gracias —dijo al fin.

—¿No vas a decir que es todo una farsa? ¿Podría J. Hall haber hecho esa anotación, después de todo?

—Lo dudo mucho. Soy un viejo cliente y, aunque no puedo responder de la moral de Hall, conozco sus formas. No creo que en toda su vida haya tomado notas en un recorte de papel como este y jamás lo he visto escribir nada en mayúsculas. Su letra es pequeña y enmarañada, y si el impresor no puede descifrarla, lo manda a paseo. Su secretario no redacta borradores, mecanografía los de Hall. En cualquier caso, yo diría que el sobre azul del día anterior confirma esta suposición: el remitente de este mensaje solo necesitaba a un librero dedicado a los ejemplares raros, cualquiera, como tapadera.

—¿Por si alguna de las bolas de papel caía en manos equivocadas?

—Eso creo.

—Parece que alguien en esa casa estuviera intentando comunicarse y se complicara más de la cuenta.

—Así es. Tanto tú como tu colega, el director adjunto de la estafeta, el clasificador y el cartero de Fenway habéis sido muy inteligentes y discretos.

—Les dije que querrías investigarlo. Pero estás muy ocupado últimamente, no estaba seguro de si tendrías tiempo para un trabajo extra.

—Yo siempre doy respuesta a mis cartas.

—Supongo que es el destino, porque es un milagro que te haya llegado.

—Bueno, no lo sé. Si J. Hall hubiera sido acusado, cosa que habría ocurrido si todo hubiese seguido su curso ordinario, él se habría lanzado contra mí... como una fiera.

—¿Y qué conclusión sacas de todo esto?

Schenck volvió a recostarse y observó a su amigo, que ahora estaba inspeccionando el sobre arrugado.

—La que sacaría cualquiera. Esto ha salido de una papelería de Fenway, que es sin duda cliente de J. Hall, y si este le ha enviado una carta tan a finales de mes, probablemente contendría lo mismo que la que yo recibí también ayer por la mañana: un avance de las próximas rarezas literarias. Debería buscarla... Me gustaría contestar a este mensaje —continuó Gamadge con una sonrisa—, y hacerlo en un sobre del propio Hall sería perfecto. Este de aquí fue rescatado de la basura por alguien que no tenía acceso a material de escribanía: ni papel, ni pluma ni tinta. Escribieron mi dirección con prisa y a oscuras, o a escondidas bajo alguna mesa... Sin duda el mensaje de dentro fue escrito también en estas circunstancias u otras no muy distintas. Su autor estaba pendiente de otra cosa.

»En una situación así, escribir en mayúsculas es aún más difícil que hacerlo de forma normal, pero quien lo hizo no podía permitirse que lo identificaran por la letra. Tenía la esperanza de que, si alguien lo interceptaba, lo atribuyera a J. Hall y lo tirara a la basura.

—Y no podrá salir de la casa ni llegar hasta un buzón. ¿Y si el que lo encontrara pedía explicaciones a J. Hall?

—El resultado habría sido el mismo: Hall negaría indignado cualquier relación con ello y me señalaría a mí.

—Aun así, supongo que irás a verlo, ¿no?

—Sí, claro. Me pasaré a charlar con él. Puede ser mi mejor baza para llegar hasta el señor Fenway.

Schenck arrugó la frente.

—Esto mejora por momentos... Puede que no sepas dónde nos metes. Te estás imaginando algún asunto turbio en la guarida de un gánster, y no es fácil salir airoso en un sótano o un garaje.

—No hago otra cosa que seguir los indicios.

—¿Y si se tratara de una broma pesada? ¿O de un criado resentido? Aunque dudo que los empleados de Fenway tengan motivos para guardarle rencor, el cartero dice que los tienen en casa hasta que son demasiado viejos para trabajar y que luego les procura un retiro bastante generoso. ¿Qué me dices de un lunático? Esta mañana he hablado con algunos cronistas de sociedad y no tienen noticia de que haya ningún loco suelto, pero tampoco saben mucho sobre los Fenway, de hecho. Deberías oírles hablar del tema, los Fenway tienen auténtica fobia a la prensa.

—Eso juega a su favor.

—Sí, los periódicos apenas consiguen información sobre su vida. Las bodas son privadas, sin fotografías y sin ceremonia religiosa, y cuando hay un fallecimiento, el difunto pasa inadvertido en dos líneas de la sección de necrológicas. Los Fenway son tan desconocidos como el obelisco de Central Park, y eso que llevan en Nueva York muchísimo más tiempo, pero prefieren que no se hable de ellos.

—Y sin embargo, su historia no tiene ningún misterio, todo el mundo la conoce. Linaje de rancio abolengo, ilustre y reputado sin parangón. Fortuna adquirida a base de matrimonios acertados, venta de tierras, de las que les fueron cedidas antes de la Independencia al norte del Hudson, y servicios de asesores.

ramiento legal a una distinguida clientela. Los Fenway vienen de una familia inglesa muy antigua y parece que siempre han sido más que solventes. Por utilizar una expresión un poco anticuada, conocen a todo el mundo y están siempre en el lugar adecuado, es decir, saben quiénes forman parte de la élite y se codean con ellos. No me sorprende menos que a ti, Schenck, que un mensaje como este haya podido salir de una de las ventanas de esa casa. ¿Sabes quién vive allí ahora?

—Blake Fenway, viudo, su hija soltera, la viuda de su único hermano y... creo que el hijo de esta. Su esposo, Cort Fenway, murió hace mucho tiempo. Ella siempre había vivido en Europa, pero la guerra la empujó a regresar al hogar. ¡Ah! Y también hay un primo o algo así, un tal Mott Fenway, un hombre mayor que ha residido toda su vida allí.

—¿Fenway aún se dedica a la abogacía?

—No lo sé. El bufete se llama Fenway, Fenway y Chudley. —Schenck sacudió la cabeza—. ¡No me extraña que el director adjunto de la estafeta quisiera consultar con mi colega antes de hacer nada oficial sobre cualquier cosa que tuviera que ver con esa casa! Nunca han salido en las noticias, mucho menos por un escándalo. No, tiene que tratarse de un loco obsesionado con la familia.

—Bueno, veamos cuáles son las instrucciones. Tengo que ir allí y examinar algo o a alguien, quizá intentar ponerme en contacto con mi cliente, pero debo ser discreto..., no puedo traicionarlo ni llamar a la policía. Y he de ir lo antes posible, ya llevo una semana de retraso.

—Tiene que ser un hombre, las mujeres no leen catálogos de libros raros ni saben nada sobre los *curiosa*.

—¡Vamos, Schenck! Hay mujeres que leen todo lo que pueden agenciarse. ¿No conoces a ninguna dama instruida?

Schenck dijo que no.

—Además —añadió Gamadge—, sería más fácil retener a una mujer bajo coacción.

—Pero ¿qué tipo de coacción? La parte interesada aquí tiene cierta libertad, suficiente al menos para tirar bolas de papel por

la ventana. La casa hace esquina y da a una calle por la fachada y a una avenida por el lateral. Incluso con la familia al completo involucrada en la conspiración, empleados y todo, tu cliente habría sido capaz de llamar la atención de algún modo, gritando «fuego» o pidiendo auxilio.

—Olvidas la cláusula de discreción del mensaje. No parece que su autor quiera armar ningún escándalo.

Schenck se levantó.

—Te digo que es un chalado con manía persecutoria. Ándate con cuidado y ¡buen fin de semana!

Gamadge lo vio desaparecer en el interior del pequeño ascensor y luego llamó a su mujer alzando la voz por el hueco de la escalera. Esta subió acompañada por Harold Bantz, su antiguo ayudante y ahora sargento de marines, que estaba de permiso temporal. Gamadge decía que el torpedo que los había alcanzado y los había mandado a casa le había suavizado el carácter, pero en ese momento parecía malhumorado. Theodore, el viejo sirviente de color de la casa, iba tras él hablando entre dientes.

—Con tanto ruido y tanto grito —murmuraba—, uno no puede oír ni su propio pensamiento. ¿Por qué no arregla Harold los timbres ahora que ha vuelto? Es imposible conseguir que venga un operario.

—No puedo arreglar los timbres ni la radio ni las cañerías —respondió Harold— hasta que el gato no vuelva a estar en condiciones. Además, no puedo trabajar sin herramientas, alguien ha estado revolviendo en mi parte del despacho y no encuentro nada.

—Harold cree que hemos estado racionando la comida a Martin —explicó Clara.

Theodore volvió a refunfuñar.

—Pues es el único de la familia que no ha pasado por eso.

—¡Está flaco como una comadreja! —insistió Harold.

El gato anaranjado entró corriendo y se instaló en una posición dominante sobre la chimenea. Desde que Harold había regresado, Martin lo seguía a todas partes. No le gustaba que

ningún miembro de la familia desapareciera durante mucho tiempo; Gamadge tenía la teoría de que ahora el animal intentaba imaginar que los últimos doce meses habían sido solo un sueño y convencerse a sí mismo de que nada había alterado su realidad.

—Me preguntaba si estarías dispuesto a ayudarme con un caso —le dijo al sargento.

—¿Un caso?

—Acabo de recibir instrucciones. —Harold cogió el sobre de color beis que le tendía y se sentó junto a la mesa para examinar su contenido—. Clara, te he llamado para preguntarte si tu tía Rob podría conocer a los Fenway.

—¿Al señor Blake Fenway y a Caroline? Los conoce, y yo misma he coincidido con ellos alguna vez. No estarán relacionados con ese caso, ¿verdad?

Clara parecía muy sorprendida.

—No lo sé. ¿Podrías llamar a la señorita Vauregard e invitarla a almorzar?

Clara se dirigió hacia el teléfono, y al cabo de unos momentos regresó para anunciar que su tía se reuniría con ellos en media hora.

—Antes de que llegue —continuó Gamadge—, os contaré a Harold y a ti toda la historia.

Se sentaron los dos junto al sargento, alrededor de la mesa situada bajo la ventana; la misma mesa que muy pronto Theodore estaría preparando para el almuerzo. Las ramas de un espigado rosal formaban una especie de celosía entre su ventana y los patios traseros de la calle de enfrente, y del cielo encapotado empezaban a caer copos de nieve.

Gamadge terminó de relatar la historia de las bolas de papel. Harold parecía expectante, pero Clara estaba perpleja y tenía cara de incredulidad.

—Henry, debe de tratarse de un error. Creo que esta vez el señor Schenck y tú os equivocáis, de veras, es imposible que esté sucediendo nada siniestro en casa de los Fenway.

—Pero debería asegurarme, ¿no crees? Aunque los Fenway

sean intachables, no están fuera del alcance de la especulación humana, ¿verdad?

—No, pero hablas como si pensaras que son unos engreídos, y no lo son en absoluto. La última vez que vi al señor Fenway fue en una boda y se comportó de una forma encantadora, y Caroline también es muy agradable. Es bastante mordaz..., aunque quizá esa no sea la palabra adecuada.

—¿Amargada? ¿Resentida?

—Puede ser, pero es muy divertido escucharla.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos treinta, diría yo.

—¿Agradada?

—Pues no, pero es muy distinguida y viste muy bien: sencilla pero impecable.

Harold seguía estudiando el sobre y la nota. Entonces levantó la vista hacia Gamadge.

—El cliente debe de saber mucho sobre ti.

—Sepa lo que sepa, parece que le ha inspirado más confianza de la que nadie, excepto una persona —añadió sonriendo a su esposa—, ha tenido nunca en mí. Es una responsabilidad terrible y lo peor es que empiezo con una semana de retraso. Si no me doy prisa, podría llegar demasiado tarde, pero no puedo correr más. Además, es un trabajo para el que realmente ahora no tengo tiempo. Debo aprovechar al máximo este fin de semana. ¿Puedo contar contigo? —dijo al fin, mirando a Harold.

—Me pondré manos a la obra enseguida —contestó el sargento al tiempo que se levantaba—, pero no podré trabajar esta noche. La señora Gamadge y yo tenemos una cita.

—¿Una cita?

Gamadge lanzó una mirada suspicaz a su ayudante y luego a Clara.

—Vamos a cenar y al teatro —le explicó Harold—. Arline Prady nos acompañará, y también un amigo mío que acaba de desembarcar.

—¡Lo prohíbo! ¡Lo prohíbo terminantemente! —exclamó Gamadge con vehemencia.

—¡Pero Henry! —protestó Clara—. ¡Harold está de permiso!
—No conseguiréis un taxi, los autobuses estarán atestados, está empezando a nevar otra vez y cogeréis un catarro de muerte. Y ese tipo recién desembarcado, ¡menudos modales tendrá!
—Es un joven muy agradable —concluyó Harold, ya desde la puerta— y quiere visitar el Planetario.